

1894

Marques S. S. S.

CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. SR. ARZOBISPO

DE MÉXICO

CON MOTIVO DEL PRÓXIMO ADVIENTO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús.

BX874
.A4
C3
1894
c.1

BX874

.A4

C3

1894

c.1

36



1080027427



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

Aos el Doctor Don Próspero Maria Alar-
cón y Sánchez de la Barquera, por la gracia
de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de
México,

Al M. I. Sr. Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Metro-
politana, al Sr. Presidente y Cabildo de la Insigne Colegiata de
Nuestra Señora de Guadalupe, al Clero secular y regular, y á to-
dos los fieles de este Nuestro Arzobispado, salud y bendición en
Nuestro Señor Jesucristo.

AMADÍSIMOS HERMANOS É HIJOS NUESTROS:

Oportuno es en gran manera el recuerdo de aquellas significativas palabras de San Lucas: «Preparad el camino del Señor; haced rectas sus sendas....» al pensar en el santo tiempo del Adviento, que en el año actual comenzará el día 2 del próximo Diciembre; porque preciso es *preparar este camino al Señor*, que va á nacer para nuestra dicha, y apartar de él los obstáculos que oponen á su paso nuestras pasiones, para que el celestial Triunfador, el verdadero Príncipe de la Paz, que, ansioso de enriquecer con ella nuestros corazones, baja de lo más alto del Empíreo con el fin de salvar á todos los hombres, éntre con plácida tranquilidad en nuestras almas, y las enriquezca con sus divinos dones. Pero para esto, es necesario enderezar los caminos torcidos, siguiendo el consejo del Espíritu Santo, que nos dice por el Profeta Rey: «*Apártate de lo malo, y practica el bien;*» pues sólo entonces es cuando el Señor se digna habitar en nuestra alma llenándola

003736

40938

BX874
-A4
C3
1894

del tesoro incomparable de la paz, bien dichosísimo que excede á todos los goces del sentido. Por eso con tanto empeño se nos encarga que adquiramos tesoro de tan gran precio, y que á trueque de conseguirlo, aceptemos gustosos todo género de mortificaciones y sacrificios; porque la verdadera causa de las intestinas luchas que tanto nos agitan, y que atormentan nuestro corazón, harto sabemos, amadísimos Hijos Nuestros, que son nuestras desordenadas pasiones.

Entre todas las intranquilidades y amarguras que nos aquejan, ninguna hay que sea tan terrible como el pecado, mal verdadero, único mal, que aleja de nosotros la paz, y amontona cada vez nuevos obstáculos en el camino que debemos recorrer hacia Dios. Tan grande mal, y tan abominable es el pecado que por desgracia impera hoy con escandalosa tiranía sobre la sociedad, que el Profeta Isaías, doliéndose de sus espantosos estragos hace veintiseis siglos, como todavía con mayor razón pudiera lamentarse en el presente, invitaba á los cielos á que escuchasen sus quejas, y á la tierra á que se mostrase atenta á sus gemidos, como si los cielos por elevados, y por vasta y espaciosa la tierra, pudiesen comprender mejor la causa de sus lamentos y prestarle mayores consuelos en su angustioso dolor. No podía comprender el Real Profeta la razón de tanta ingratitud en el hombre, al abandonar con ruindad tan temeraria á su Dios por contentar traidor criminales deseos, y preguntaba con asombro: «¿Por qué ha irritado á Dios el impío?» ¿Por qué, si Dios es nuestro único, nuestro supremo Bien, hemos de desecharlo? ¿Por qué, si es nuestro soberano Juez, nos atrevemos á ofenderle? Y si nos ha colmado de tantos y tan inmerecidos beneficios, ¿ha de ser razón ésta para corresponderle con ultrajes?—«¿Por qué, pregunta á su vez San Agustín, por qué has irritado á Dios? Nada valen las miserables satisfacciones con que has querido contentar tus concupiscencias, y ¿por nada has ofendido á Dios?» Esfuérase tal vez en persuadirse el malaventurado pecador, para sofocar los congojosos remordimientos de su alma, que Dios no se fija entonces en los desórdenes que comete; pero ¿puede ocultarse algo á la infinita sabiduría de aquel Señor altísimo, cuyos divinos ojos son mucho más claros que el Sol, y registran todos los caminos de las criaturas y lo profundo del abismo, y ven los corazones de los hombres hasta los senos más ocultos?» ¡Ah! de tantos infelices cuyas conciencias aparecen á los ojos de su divina Majestad más claros que la luz, manchadas con el olvido de Dios, con la lectura de libros y periódicos irreligiosos ú ocasionados á encender las pasiones, y por lo mismo prohibidos; con la asistencia á espectáculos inmorales ó peligrosos, con el

menosprecio de los mandamientos de Dios y de los preceptos de la Iglesia, con el funesto abandono de los deberes paternales y con tantos desórdenes, abominaciones é injusticias, bien puede decir por desgracia Dios Nuestro Señor lo que en días ya muy lejanos decía de la ingrata Jerusalén por medio del Profeta de las Lamentaciones: «Un gran pecado y multitud enorme de pecados cometió Jerusalén;» es decir: permaneció de asiento en sus pecados gravísimos, y por eso hizo-se instable en sus buenas resoluciones, y sobremanera desgraciada; pues cada vez fué apartándose más de Dios Nuestro Señor.»

En verdad que una desdicha tan enorme es situación bien poco oportuna para aprovechar en gracias y en virtudes en esta sagrada época de Adviento, y prepararse á recibir en el corazón los dones y consuelos del divino Niño Jesús. Porque ¿cómo sería posible que á Él se acercasen los amadores del mundo, si el amabilísimo Salvador no puede contemporizar con el mundo ni con el pecado? Amenazaba á su pueblo por orden de Dios el Profeta Oseas con aquellas durísimas calamidades, que á veces envía su divina Majestad sobre los pueblos en castigo de sus crímenes: guerras, esterilidad en los bienes y en la familia, incendios, destierro y esclavitud; y con ser tan duras estas desgracias, lejos de dolerse de ellas, las agrava después con el anuncio de otra mil veces más formidable que todas las anteriores, diciendo: «¿Ay de ellos, cuando Yo los abandone!» Es ciertamente ésta la mayor de todas las desdichas; porque privados de Dios, fáltanos el verdadero, el único bien; y así quiso hacerlo entender el Señor á los obstinados judíos, diciéndoles por Jeremías: «Os llamé y no me respondisteis . . . , y os arrojaré de mi presencia;» por lo cual, atónito el Profeta al penetrar las horribles consecuencias de tan incomparable infortunio, volvíase á Dios en actitud suplicante, y quejándose amorosamente le decía: «Nos has expelido, Señor, y desechado; te has airado en gran manera contra nosotros.» ¡Ah! no; no es posible unirse á Jesús cuando se está separado de Él por el pecado; ni se puede gozar entonces de verdadera paz. En vano se sentirán halagados por algunas temporales satisfacciones los que han divorciado su corazón del Corazón sacratísimo de Jesús: esas prosperidades, siempre pequeñas puesto que no traspasan la mezquina esfera de lo terreno, no contentarán sólidamente su corazón. No son verdaderos bienes; y á los que los disfrutan no sólo no se acerca amoroso el divino Jesús, sino que únicamente los tolera, ó esperando que, preparados los caminos de su corazón, se dirijan á Él plenamente convertidos, ó para que sirvan de tristes instrumentos que ejerciten la paciencia de los justos, como dice San Agus-

tin. ¡ Ah! si con eficacia meditásemos la desairada y vergonzosa situación en que se encuentra el que, separado de la amistad de Dios, yace sumergido en el cieno del pecado! ¿ Qué importa que él se esfuerce en aparecer honrado y digno ante la Sociedad, si el Señor, que tan exquisita caridad despliega siempre con nosotros, le llama *despreciable en demasía*, y de hecho le desprecia? Tal vez imagina el desgraciado, engreído con un ligero barniz de mundana ilustración, que sabe ya bastante para permitirse no creer, ni someterse á la Ley santa de Dios; y el Espíritu Santo le desengaña, diciéndole que « *nada sabe ni entiende; que anda en tinieblas,* » expuesto á perecer por su voluntaria ceguera. Y al ver que, distraído su espíritu con las multiplicadas naderías de la tierra, descuida obtener la verdadera paz del alma y el amor del divino Jesús, en el cual nada menos se interesa que su eterna salvación, le increpa con tierna insistencia, diciéndole: « *¿ Hasta cuándo, oh niños, amareis las niñerías, y los necios codiciarán las cosas que les son nocivas, y los imprudentes aborrecerán la verdadera ciencia?* » Y como, aun á pesar de tan expresivas advertencias, siguen muchos, por su desdicha, en pos de las ponzoñosas concupiscencias que pierden el alma, llama de nuevo á la puerta de su dormido corazón el divino Espíritu, y con saludable dureza les echa en cara que de tal manera se han ido olvidando de la hermosura de su alma y de la alteza de su eterno destino, que « *han sido comparados á las bestias insensatas, y se han hecho semejantes á ellas.* » Pintura tan poco halagüeña, hecha por la misma increada Sabiduría, debiera en verdad fijar nuestra consideración, haciéndonos temer si acaso, por nuestra gran desventura, el estado actual de nuestro corazón, ó nuestras inmortificadas tendencias ó ligeras aspiraciones nos ponen en peligro de ser por Dios Nuestro Señor tan tristemente fotografiados; y sin duda lo seríamos, si descuidando preparar el corazón para que, purificado en lo posible, rinda cariñosísimo homenaje al divino Niño Jesús, nos encontrásemos hartos aficionados á las frívolas vanidades de la tierra, que afligen el alma, y vacíos de consoladora paz.

Vislumbre de virtudes y de interior sosiego no basta para recibir dignamente al amorosísimo Salvador de nuestras almas, que con el fin de conversar amigablemente con nosotros nutriéndonos con el alimento celestial de su divina palabra, de tal manera se abate y anonada, como si de su altísima é infinita grandeza se olvidase. Necesaria es en el hombre la completa renovación de su espíritu; porque las divinas miradas no se limitan tan sólo á las acciones exteriores más ó menos expresivas y edificantes, sino que penetran hasta los más ínti-

mos senos del corazón; y ésta es la razón de que en las sagradas Escrituras el hombre virtuoso y completamente renovado en su interior sea llamado reduplicativamente, ó dos veces, hombre, como con mucha profundidad observa Orígenes: « *Hombre, hombre de la casa de Israel,* » dice el Profeta de las visiones del Chobar; y añade David: « *¿ Por ventura no se dirá á Sión: hombre y hombre nació en ella, y el mismo Altísimo la ha fundado?* » Por desgracia, bien se puede repetir hoy lo que ya en su tiempo lamentaba San Juan Crisóstomo, que « es difícil encontrar hombres de estas cualidades, *hombres puros,* » interior y exteriormente llenos de virtud sólida y de verdadero mérito. Porque si la tentación asoma más fuerte que de ordinario, si la ocasión se presenta fácil, si el mal disfrazado con embelesadoras apariencias extrema sus disimulados ataques y engañosos encantos; la renovación que no es interior desaparece, la virtud postiza despégase al más ligero ataque, y el pecador que tal vez blasfemaba de justo, aparece de pronto tal cual es, desenmascarado por sus propias obras. ¡ Triste exhibición del que por su elevado carácter de cristiano debiera ser verdadera imagen de Jesucristo, representándole en sus palabras, en su vida, en todo su ser, como dice el Apóstol San Pablo: « *Así como conservamos la imagen del hombre terreno, así debemos llevar la del hombre celestial,* » Cristo Nuestro Señor.

II

Escándalo no pequeño es para las almas verdaderamente fieles, y peligro gravísimo de numerosos pecados esa larga serie de diversiones, que bajo el título de *Posadas* y con apariencia de piedad tienen hoy lugar entre nosotros en la sagrada época del Adviento. Fueron un tiempo en nuestra Nación piadosísima, y todavía lo son hoy en algunas familias sólidamente católicas, prácticas de ferviente devoción, con que nuestros padres manifestaban su amorosa gratitud y rendían tiernísimos obsequios al divino Salvador, nacido por nuestro bien en una humilde cueva, después de haber buscado en vano su purísima Madre y el Señor San José una modesta *posada*, que con su augusta presencia honrase el Rey altísimo de los cielos. Pero, por desgracia, en estos tiempos en que con frecuencia se ven horriblemente profanados los misterios más inefables y los más consoladores recuerdos, la devoción de *Las Posadas*, un día tan edificante y tan tierna, ha venido á convertirse en fácil pretexto para organizar de una manera más ó menos costosa y en un campo más ó menos vasto diversiones com-

pletamente mundanas, en que á la deplorable profanación de gozosos y altísimos misterios siempre respetables, únense la mayor parte de las veces bajo capa de religión los más serios peligros para la inocencia, y destemplanzas y espectáculos dignos del Paganismo, fecundos gérmenes de pecados y abominaciones que, no por ser disimulados y ocultos, hieren con menor crueldad el Corazón sacratísimo de Jesús. Cuán indigna sea esta conducta, amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros, fácilmente se comprende al recordar la insistencia con que Dios Nuestro Señor nos excita á portarnos en todas ocasiones con delicada gravedad y cristiana compostura: «*Vuestra modestia*, nos dice el Apóstol San Pablo, *sea manifiesta á todos los hombres; porque el Señor está cerca*, y en especial encarece la necesidad de esta modestia cuando se trata de rendirle alabanzas ó dedicarle actos de piedad: «*Te alabaré*, decía á su divina Majestad el Real Profeta, *en medio de un pueblo circunscripto y devoto*.» No es ciertamente obligatoria para el cristiano la tristeza; al contrario, la verdadera virtud, como lo sabemos muy bien, es alegre; y á regocijarse excita el Espíritu Santo á los justos, y á que se gloríen todos los de corazón recto; pero observad que todas estas alegrías han de ser inspiradas por la virtud, y en todo conformes al querer de Dios Nuestro Señor: «*Mas yo en el Señor me gozaré, y me regocijaré en Dios mi Salvador*, decía el Profeta Habacuc; y San Pablo, exhortándonos una y otra vez, *y siempre*, á que nos alegremos, nos advierte que nuestras alegrías han de ser constantemente en Dios; y consecuente con esta regla salvadora de tranquila virtud, nos dice: «*Por tanto, . . . toda impureza ni aun se nombre entre vosotros, como conviene á santos; ni palabras torpes, ni necias, ni chanzas, que son impertinentes, sino antes acciones de gracias*.» A los que en cualesquiera circunstancias de su vida y mucho más en actos de piedad como *Las Posadas*, caigan en tales pecados y profanaciones, el Apóstol con muchísima razón los llama *necios*; y hablando de estos, dice con su acostumbrada penetración San Agustín: «¿Por ventura dará Dios á los *necios* el reino de los cielos? Y á aquellos á quienes no se lo ha de dar, ¿qué les resta sino la pena del infierno?»

Comunmente, aunque contra toda razón, empéñanse algunos en justificar desórdenes como el que lamentamos, alegando que son efecto de antigua y disculpable costumbre. ¿Como si el pecado, por ser triste costumbre en algunos, pudiera ser disculpable alguna vez; ó llegasen á alcanzar jamás honesto título de prescripción los excesos contra la Ley santa de Dios, por el solo hecho de ser numerosos y repetidos! Este pueril argumento no es nuevo, por desgracia: ya en el siglo quinto se

dolía de tanta ceguedad San Agustín, diciendo: «Para esta clase de gentes, los pecados, aunque grandes y horribles, si llegan á constituir costumbre, ó no son pecados ó lo son muy leves, tanto que no sólo no deben ocultarse, sino que de ellos debe hacerse escandalosa ostentación.» No parece sino que el santo Doctor escribía entonces, anticipándose á ridiculizar ciertas abominables costumbres de nuestro siglo. Las aficiones á la independenciam, que en él reinan, inducen á muchos á guiarse por su propio juicio, rebelándose contra el de Dios Nuestro Señor manifestado por la Iglesia, alegando tal vez ó que en esas prácticas disfrazadas de piedad no hay peligros para el corazón, ó que si los hay pueden fácilmente eludirse; no queriendo recordar que es tan poderoso el riesgo que entraña la ocasión, que á ella en gran parte se debe la triste importación del pecado en el mundo: «*Vió, pues, la mujer*, dice el sagrado libro del Génesis hablando de Eva, *que el árbol era bueno para comer, y hermoso á los ojos, y agradable á la vista: y tomó de su fruto, y comió; y dió á su marido, el cual comió*» también. Y si aferrados á su propio parecer andan sin guía, ó si por guía adoptan sus desarregladas pasiones, ¿qué extraño que en ellos se cumpla lo que de los fariseos decía Cristo Nuestro Señor: «*Si un ciego guía á otro ciego, ambos caen en el hoyo?*» Porque ciegos son, como dice muy bien Tertuliano, los que introducen estas costumbres, ó las autorizan con su palabra ó con su ejemplo; y prácticas que de ninguna manera son conformes á la Ley santa de Dios, siempre han de ser anatematizadas y extirpadas, como nocivas plantas, que es preciso arrancar de un campo sembrado de buena semilla.

Así, pues, exhortamos en el Señor á Nuestros amados diocesanos á que en sus casas se abstengan de fomentar y concurrir á esas prácticas de *Las Posadas*, siempre que en ellas hubiese algún peligro, como de ordinario sucede cuando á las mismas concurren de fuera de casa personas de ambos sexos que no están ligadas entre sí con estrecho vínculo de parentesco; y encargamos á los señores párrocos, confesores y demás sacerdotes de la Arquidiócesis, que en el desempeño de su sagrado ministerio velen muy cuidadosamente, y con la eficacia que en conciencia crean convenir, por la exacta observancia de esta Nuestra disposición.

III

Necesario es que desaparezcan esos y otros obstáculos, para que así logremos preparar los caminos que el Señor se digna recorrer pa-